

CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ

«HABRIA SIDO PEOR NO HUBIERA HECHO»

«Los delitos que cometen los Estados se castigan en esta vida».

Mira insistentemente la cámara fotográfica con cara de «ya está bueno». No le gusta ser entrevistado y él se encarga de recordarlo, cada tres o cuatro minutos, con algún gesto o preguntando: «¿pretende que me confiese con usted?». Responde amablemente, pero eso no significa que el Cardenal Raúl Silva Henríquez, a sus 83 años, haya perdido

un ápice de su fuerte personalidad, la que se impone por su sola presencia, aunque no levante el tono de voz ni gesticule. Sólo los ojos revelan sus emociones cuando las palabras parecen neutras, sin intención. La ironía, el dolor, la molestia se manifiestan en miradas que a veces son penetrantes, a veces burlonas y, de pronto, se humedecen para recordar los años pasados y los atropellos a los derechos humanos. «No sé decir exactamente qué nos pasó. Yo tenía la convicción de que en Chile nunca pasarían estas cosas por-

que nuestra historia había sido lo suficientemente bella y clara en lo que toca al respeto de la dignidad humana. Ahora pienso que, quizás, es la Providencia la que nos ha hecho pagar como Nación algunos errores que cometimos antes. Porque los delitos que cometen los Estados se castigan en esta vida, no en la otra, y a lo mejor nosotros, como Estado, hicimos sufrir a otros y ahora lo hemos pagado».

Defensor incansable de los perseguidos en los primeros años del régimen militar, su actitud firme y sin concesiones le acarrió la antipatía del anterior gobierno y sus partidarios. Pero no es de los que se dejan apabullar por esas cosas. «Yo creía que esas personas podían estar obrando de buena fe. Pero la verdad es que sus ataques no me daban ni frío ni calor», dice recordando la época en que se le acusaba de inmiscuirse en política. Contrariamente a lo que esos sectores decían, el Cardenal es reactivo a inmiscuirse en terrenos ajenos. Por eso cuando renunció a su cargo de Arzobispo de Santiago, al cumplir 75 años, simplemente se retiró de la vida pública y le hizo el quite a las declaraciones y a la prensa. Fue la primera persona a quien el Presidente Aylwin le entregó sus impresiones, después de haber conocido el contenido del Informe de la Comisión Verdad y Reconciliación. Pero, él no quiere hablar de la coyuntura ni adelantarse a emitir juicios. «No juzgueis y no sereis juzgados», dice con convicción- aunque reconoce que todos deben aportar con una palabra para evitar que haya reacciones de violencia o venganza una vez conocido el histórico documento. «La violencia siempre trae más violencia. Todos debemos ayudar para que no se repitan nunca más hechos dolorosos».

-Lonquén, Laja, las declaraciones del encapuchado del Estadio Nacional son episodios que a usted le tocó afrontar como Ar-



MARCELO DAUROS

SI LA IGLESIA LO QUE HIZO»

zobispo de Santiago, ¿hay algún hecho que usted recuerde especialmente por lo doloroso?

-Son muchas las cosas que tuve que sufrir con otros, pero no quiero recordarlas. Y tampoco puedo.

-Cardenal ¿usted se dio cuenta el mismo 11 de septiembre de 1973 de las consecuencias que acarrearía el Golpe?

-Me di cuenta que sucedía una cosa que era totalmente ajena a nuestra manera de vivir, a nuestra vida como Nación. Sufría y estaba inquieto respecto a qué iba a pasar, pero yo no podía saber exactamente lo que ocurriría. Llamé, hablé con algunas personas pero nada se podía hacer. A los que pidieron auxilio, traté de auxiliarlos y creé el Comité para la Paz, junto a otras iglesias, y después la Vicaría de la Solidaridad.

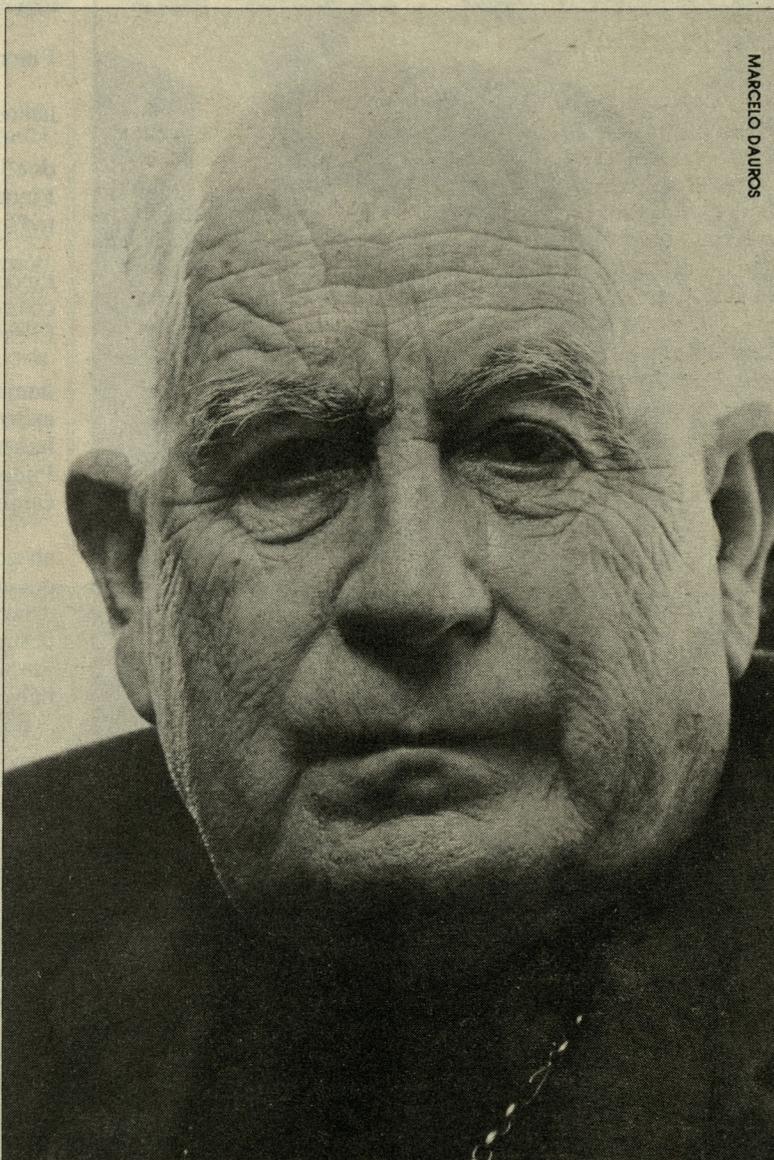
-¿Y confiaba en impedir que se siguieran cometiendo atropellos a los derechos humanos?

-Nunca confié en eso, yo sabía que no estaba en mis manos hacerlo. Pero sí podía tratar de ayudar a todos los que necesitaban ayuda, fueran hombres, fueran mujeres, fueran del partido que fueran, porque yo no hice distinciones. Y quise que fuese una cosa ecuménica, pero algunas comunidades ecuménicas no querían que se incluyera a personas de ciertos partidos, decían que no tenían ningún derecho. Mire qué cosa más terrible ¿no?, creían que algunos no tenían derecho a ser ayudados y decidieron apartarse. Pero como siempre he sabido que todas las personas tienen derechos creé la Vicaría de la Solidaridad. Si bien no se pudo impedir ciertas cosas, por lo menos se salvaron muchas vidas, porque habría sido peor si no hubiese existido la Vicaría.

-¿O sea que el Comité Pro-Paz se terminó porque algunas iglesias integrantes se retiraron y no por presiones del general Pinochet, como se ha dicho?

Hubo comunidades que quisieron retirarse, eso es verdad, pero también está la actitud del gobierno que deseaba que se acabara el Comité. Entonces yo dije que si terminaría el Comité, pero crearía una Vicaría.

-¿En qué términos le planteó el general



MARCELO DAUROS

de Santiago (sonríe burlón). Al menos a mí no me lo dijeron.

-¿Y ningún obispo o sacerdote le manifestó dudas respecto a la veracidad de esos atropellos?

-No.

-¿Usted como Arzobispo de Santiago tenía bajo su jurisdicción a los capellanes militares?

-No, los capellanes militares tienen un obispo especial.

-¿O sea que usted no tenía ningún tipo de influencia sobre ellos?

-Le repito que tenían su propio obispo. Yo habría querido que ellos dependieran de nosotros. La pastoral que ellos seguían no era la que teníamos nosotros.

-¿Y alguna vez usted conversó el tema

de los derechos humanos con el obispo castrense o con capellanes militares?, ¿cuál era la respuesta que daban?

-Conversé. Decían que los militares tenían derecho a hacer eso, y ellos defendían los derechos de los militares porque aseguraban que de esa manera defendían el bien común y la paz de nuestra tierra.

-¿Y estaban en conocimiento total de las cosas que estaban ocurriendo?

-No lo sé.

-¿Y qué piensa de los católicos que participaron o fueron cómplices de violaciones a los derechos humanos?

-Yo no quiero ser juez de nadie. Tome en cuenta que hubo uno que fue apóstol y cometió una brutalidad después que el mismísimo Señor lo había elegido. Es que no podemos impedir que el hombre sea libre para decidir sobre sus actos.

-Pero debe haber normas mínimas que regulen la convivencia entre

los seres humanos, ¿la Iglesia no puede decir, al menos, quien comete pecado y quién no?

Nosotros podemos dar normas espirituales, éticas o eclesiásticas, como quiera usted llamarlas, donde decimos lo que teóricamente es pecado, lo que es malo, pero no podemos aplicar otro tipo de medidas porque la Iglesia no puede crear una situación de orden y justicia por la fuerza. Le recuerdo que pedimos verdad, justicia, rogamus, aconsejamos y fuimos voz de los sin voz y, sin bien no

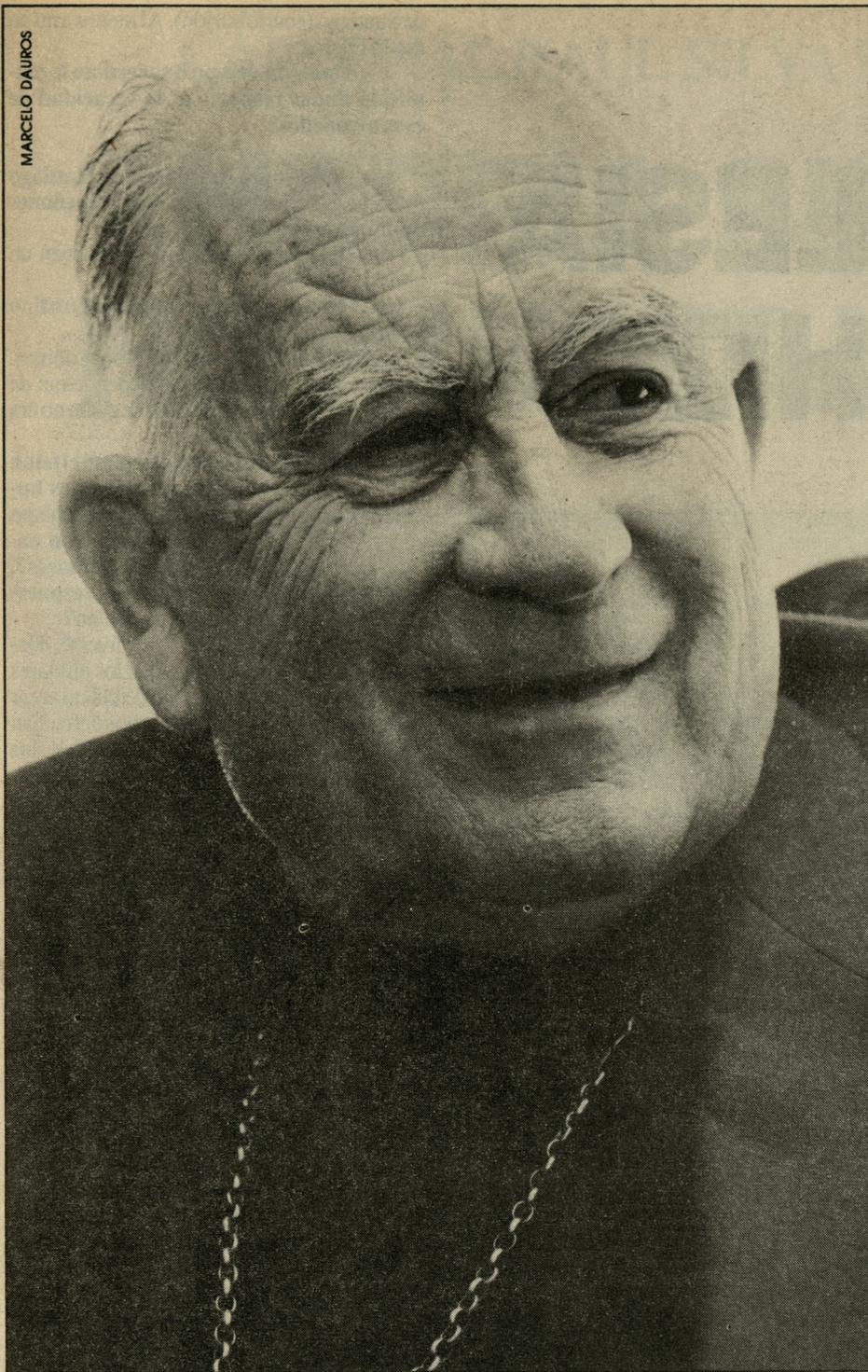
Pinochet que terminara con este tipo de organismo?

-Dijo que se creaba una oposición entre la Iglesia y el Gobierno y que eso no debía pasar. Yo le dije que comprendía que no debía pasar, pero al mismo tiempo creía que debíamos auxiliar a las personas que necesitaban ayuda.

-¿Hubo oposición dentro de la Iglesia, me refiero a sacerdotes?

-No, dentro de la Iglesia no había nadie que se opusiera, porque lo decía el Arzobispo

MARCELO DAUROS



siempre fuimos oídos, estoy seguro que habría sido más atroz si no hubiéramos hecho lo que hicimos. Seguimos aconsejando, pero es el Estado el que debe aplicar la justicia entre los hombres. A veces ocurre que se cometen graves faltas y nadie juzga ni castiga por ello, pero recuerde que la justicia total y absoluta sólo existe de parte de Dios, sólo El sabe si las personas actuaron de buena o mala fe, si sabían que hacían mal o, quizás, creían que actuaban bien.

-Pero la propia Iglesia Católica contempla sanciones para pecados graves. La excomunión, por ejemplo...

-Nosotros no lo ejercitamos sino en casos extremadamente graves, cuando hay realmente oposición a arrepentirse o a cumplir el deber social.

-Sin embargo, en una oportunidad en que el actual senador Jaime Guzmán lo atacó muy duramente se habló de que

podría ser excomulgado....

Sufrí muchos ataques, incluso una vez me escribieron en la pared: «tú no eres cardenal». Pero, en el caso de Jaime Guzmán, nunca pensé excomulgarlo y fui a verlo a su casa para decirle que no tenía por qué temer una cosa como esa. Almorcé con él, después me llevó a su pieza y me mostró una calavera que tenía en su velador con la siguiente frase escrita: «Lo que yo soy, tú serás. Lo que tú eres, yo fui».

-De la época en que usted estaba a cargo del Arzobispado de Santiago ¿hubo militares, integrantes del Gobierno, con los que usted tuviera más facilidad para conseguir alguna información sobre los detenidos o conseguir ciertas facilidades para las familias? ¿Hubo militares con buena disposición?

-Teníamos intermediarios entre el Arzobispo y la autoridad. Era un general que

venía a hablar conmigo y a él le expresaba yo lo que pensaba y él, a su vez, me expresaba lo que pensaba.

-¿Y, normalmente, todas las relaciones se tuvieron a través de ese general?

-Sí.

-¿Quién era ese general?

-No sé. No se lo quiero decir.

-¿Y esa persona mostraba buena disposición para arreglar los problemas y escuchar las peticiones suyas?

-Sí. Era católico.

-Pero había varios otros generales católicos.

-Evidentemente, pero él era un buen católico y estaba convencido de lo que hacía.

-¿Cómo fueron sus entrevistas con el general Pinochet?

Muy cordiales, simpáticas. Incluso él alguna vez accedió a lo que le pedí.

-¿Y usted insistía cuando el general Pinochet no accedía?

(Se ríe) No pues, hay que ser ubicado también.

-Muchos creen que después de conocido el informe de la Comisión Rettig el general Pinochet debería renunciar, ¿qué opina usted?

-No quiero opinar sobre el general Pinochet. (Mueve la cabeza riendo y se encoge como asustado). ¿No ve que me puede pegar? El es bueno para los combos y tiene sable.

-Usted ha dicho que la Iglesia no es la llamada a juzgar, pero el Poder Judicial existe en Chile y ha sido criticado por no haber actuado como correspondía. ¿Un Poder Judicial más independiente habría cambiado las cosas?

-No sé lo que habría pasado. Yo soy abogado y como tal sé que los jueces tienen que actuar en conciencia, son ellos los que deben decidir si pueden actuar o no de una determinada manera. Yo no estoy llamado a juzgar a los jueces, pero sería terrible que no hubiesen hecho lo que debían, pudiendo hacerlo.

-¿Usted en esa época tuvo alguna vez alguna conversación o tuvo entrevistas con autoridades del Poder Judicial?

-No, nunca.

-¿Qué actitud deberían tomar quienes tuvieron responsabilidades, ya sea como jueces o en el Gobierno, después de conocido el informe Rettig?

-No puedo decidirlo por ellos. Yo creo que muchas de esas autoridades no creen haber cometido un delito, incluso estiman que cumplieron un deber, es muy difícil juzgar a los hombres. Y el hombre es pecador.

-¿Usted cree que el saber que el hombre es pecador servirá para conformar a los familiares de las víctimas?

-Tenemos que acordarnos de dos cosas. Que Chile vale más que todos nosotros. Segundo, que la convivencia humana es indispensable y hay que saber perdonar la flaqueza de nuestro prójimo. Es una de las obras de misericordia.

-¿Incluido el general Pinochet?

(Se pone serio y suspira profundo)

-Bueno, él también es prójimo. ●

JUANITA ROJAS